

POR AVA

Fabián, J. F.

-*"A ver si me engordas, que sigues igual de flaco"*- le dijo a Javi Paso tendiéndole la mano con el brazo doblado para chocar los cinco.

-*"Y tú a ver si te casas"*- le respondió Javi saludándole con rapidez porque llevaba en la otra mano un plato cargado de croquetas.

Una media hora antes le había dicho a Chema Diu en el 12 &23: *"Te noto más alto Chema"* y Chema le había respondido en pleno saludo: *"Sin ir más lejos esta semana voy ya por los diez centímetros"*.

Dejadas las croquetas a sus dueños, Javi fue a saludarle más efusivamente. Julián volvía con la primavera temprana, como en las frases de las historias bonitas. Venía, ahora también, con la Nochebuena y todos los agostos, alargando la cosa hasta la Virgen. Así cada año desde el Ampurdán para pasar unos días al lado de su hermana Remedios, solterona como él y obstinada como él en no abandonar su casa definitivamente, aunque fuera a costa de vivir, sola ella, en una casita antigua pero cómoda en Barrio Neila y él en la pensión de Cadaqués donde había residido más de media vida y de donde definitivamente no se marcharía ya pasara lo que pasara. La confianza que le daban Fina y Mila, las dueñas, solteronas también, era razón suficiente como para no intentar nuevas aventuras tan allá ya en su vida. Aunque le hubieran tocado los quince millones que le tocaron en la lotería de Navidad. En realidad 12, porque tres fueron para quitar todo lo viejo de la casa de su hermana, ponerle una calefacción en condiciones y arreglarse los dos la dentadura.

Javi Paso y Chema Díu le apreciaban. Y no digamos Miguel Paso que abría una botella de tinto Pesquera especialmente para él a precio de coste. Siempre, como si estuvieran coordinados, pero sin estarlo, le ponían un vino de más en señal de bienvenida con buen rollo. Javi le ponía una croqueta de más diciéndole: *"Anda, toma otra, para que estés más fuerte por si te casas pronto"*. *"Serás mamón"*, le respondía.

La verdad es que nunca se conoce todo lo que se guarda en las mejores habitaciones del alma individual. Nunca. Pero nunca, aunque se vaya al psicoanalista. Si pudiéramos acceder de forma libre a quien quisiéramos, como se navega por el Internet ese, nos llevaríamos muchas sorpresas. Y con Julián alguna sorpresa podía ser de quedarse tieso, con su apariencia de hombre de 65 años, alto, más bien delgado con algo de barriguilla, pelo blanco, tez sonrosada y pose de camarero de restaurante de cuatro estrellas, lo que había sido casi toda su vida. Un tipo normal después de todo.

Julián nació en Béjar un Febrero primaveral seis años antes de la guerra. En Barrio Neila. Y se marchó de Béjar para siempre al poco de venir del servicio militar. Un teórico catalán, nostálgico de su tierra, se lo llevó a una fábrica textil de Manresa porque le veía listo. Pero salieron a mal al poco tiempo y se marchó, rodó un poco por varios sitios y, finalmente, en un hotel de lujo de Cadaqués demostró lo que valía como camarero en el restaurante, que para eso también hay que valer. De allí a la jubilación pasaron muchos años enseguida, como pasa todo entre los 35 y los 60. Era un monstruo de sobriedad y saber estar en el restaurante del hotel y sin necesidad de ser de esos camareros pesados que no te dejan en paz. La gente le quería, preguntaban por él cuando llegaban a comer. Tenía ese halo de atracción que sólo tienen algunas personas aunque no sean bellezas o aunque sólo digan siete palabras. Le sirvió comidas a la gente más famosa. Y sin ponerse nervioso.

Por el rígido sistema de vacaciones de la hostelería, Julián aprendió a amar la primavera temprana, y si era lluviosa, mejor. Una sutileza propia de los temperamentos sensibles e inteligentes. Cada año se las arreglaba para venir por la primera quincena de Abril. Su hermana le filtraba por teléfono cómo andaba la primavera temprana en Béjar, fuera cuando trabajaba o después. Él cogía el tren y se venía. Veinte días, cuando no era jubilado. Los otros diez siempre en el Valle de Taull en otoño, cuando le informaba el gerente de un balneario que hay allí que ya estaban los colores del otoño a punto. Desde que se jubiló, lo de Taull ascendió a quince días y lo de Béjar a tres temporadas.

Julián no tenía coche, ni carnet. Todo lo más largo lo había hecho en tren. Por eso cuando lo quitaron a Béjar se llevó un buen disgusto. Le gustaba llegar hasta aquí, bajarse en la estación, mirar alrededor unos minutos, respirar y coger un taxi hasta Barrio Neila.

Estaba enamorado del Cuerpo de Hombre entre el Tranco del Diablo y Montemayor. Pero enamorado, lo que se dice enamorado. No era cualquier cosa. Naturalmente en la medida en que la gente se enamora de los sitios, sin el frenesí y la enfermedad con que lo hacemos de las personas. En fin, por lo menos en 6 días de los 20 que venía en primavera temprana, un taxi le llevaba hasta el Tranco del Diablo a las 8 de la mañana o antes y, al anochecer, le iba luego a buscar a Montemayor. Con el móvil conectado su hermana se quedaba tranquila. Parecerá una cursilada pero Julián soñaba con estos días todo el año. La primavera temprana era allí el río con buen caudal, con estruendo en muchos sitios, eran los fresnos brotados ya, pero con un verde tímido, y los castaños y los robles queriendo hacerlo. Las campanitas amarillas en los campos encharcados, el verde adolescente de la hierba que da ganas de probarla y los enormes pedruscos que bordean el valle, con el gris especial del líquen húmedo en el granito y su compañero y vecino el verde del musgo todo esponjoso, como posesivo, para lo que es luego en verano, todo humildad. Y si lloviznaba en todo ese ambiente, mejor, más intenso. Y si tenía que meterse debajo de una roca porque llovía con más intensidad, mejor todavía. Y si se fumaba uno de los dos cigarros que solía llevarse nada más, pues todavía mejor. De todos modos, con la simple caminata ya le daba para sobresaliente. En aquella ocasión en que Rafa Muñoz, el abogado, se peleó sin éxito al lado de unos cuantos porque no construyeran la carretera que finalmente hicieron por esa zona, él le escribió una carta, que Rafa guardaba gratamente, para apoyarle, primero, y para prestarle su pañuelo de lágrimas, después. “¿Tú no conoces ese valle?”, le preguntaba a Javi. “Poco, le conozco poco”. “Pues a ver si vas, que le tienes ahí al lado, so capullo”. De un año para otro no se acordaba y se lo volvía a preguntar. Javi acabó por tener cargo de conciencia de eso y de que le gustaran tan poco las maravillas que tenía tan a mano. (Y con el tiempo cambió. La gente lista siempre acaba rectificando).

Julián era un hombre más interior que exterior, y aún así parecía enteramente un tipo normal. No explicaba las cosas de dentro a nadie, porque pensaba que para qué. A él le parecía que en el paisaje de aquel valle se mezclaban un montón de cosas, que tenían un sitio destacado en su cabeza y sucursales en el corazón: la belleza por sí misma, la Historia por lo de la calzada milenaria que pasó por allí, sus raíces más viejas porque formaba parte de su tierra y de su paisaje, la soledad consentida y melancólica, compañera de su independencia visceral y, finalmente, el estar por estar estando tranquilamente feliz de estar allí mismo. En fin, esas cosas que a veces hacen rara a la gente a los ojos de los demás. Pero lo cierto es que la soledad que buscaba Julián era un sentimiento profundo, de nacimiento. Y una cosa enorme, que era lo bueno. Pero la gente no lo sabía. Por ejemplo la gente no tenía ni idea de que le fascinaban los establos de ganado que había a lo largo de todo el paseo. Cualquiera hubiera pensado que estaba loco. A quien se le ocurre, los establos del ganado, donde están las vacas... Pues a él le gustaban, mejor dicho: le entusiasmaban. Cada año los miraba desde un sitio distinto. Los tenía fotografiados y los miraba de vez en cuando en el sillón con orejeras de la salita, en la pensión donde había vivido nada menos que 30 años y de donde muy mal se tenía que ver para salir por su propia voluntad. La verdad es que los establos de ganado del valle tenían su cosa. Es difícil saber si es por su sencillez, por lo bien que pegan en cualquier paisaje o por su diferencia con los que se hacen ahora, símbolo de lo que somos hoy: más listos, pero extrañamente más tontos. Lo que pasa es que uno no se fija mucho en estas sutilezas de la vida, va por allí de dominguero y no se fija, porque el dominguero va siempre deprisa y estos sitios son para ir despacio y para ir a menudo. Y para soñar un poco. Pero eso ya es cosa de cada uno.

Sino sabía nadie lo de los establos, menos aún sabían el gran secreto de su vida. (Casi no debía de contarlo). No se había casado, ni había tenido novia formal nunca, ni se lo había planteado formalmente como proyecto. Sin esperarlo específicamente se le fue pasando el arroz con su propio consentimiento. A alguno le dio que sospechar equivocadamente. No había nacido con mucha vocación

de ello, y con el paso del tiempo menos aún. No es que se negara, es que no lo buscó y como no lo buscó, tampoco llegó. Y se quedó tan campante. Era su temperamento. Pero había algo, además. En este hombre de aspecto apacible y normal se escondían muchas sorpresas que se perderían con él, como se pierden con tanta gente sin que se sepan nunca. (Quizá por eso me atreva yo a contar una de ellas. Para que quede). Vamos allá: por los años cincuenta un día cayó por Cadaqués Ava Gardner. Caían por allí muchos de esos famosos, bastantes veces de estrangis. Nadie se enteraba, tampoco había lo que ahora. Ava llegó con una mujer y con un hombre, era invierno. Por lo visto venían para una semana. Una de las noches prolongaron los tres la cena hasta más de las dos. Julián le dijo a los otros camareros que ya se encargaba él de todo y que se marcharan. Quedó él para servirles la bebida. Llovía con ganas sobre Cadaqués y detrás de los ventanales se estaba a gusto. Julián, al fondo del salón, estaba a lo suyo: leía, sacaba brillo a las copas, ordenaba las botellas, colocaba las cámaras. De vez en cuando uno del trío levantaba la mano para pedir más champán y él se lo llevaba. A eso de las cuatro a Ava Gardner le dio hambre. Quería algo típico español. Julián le dijo lo que había. Por aquel entonces hablaba ya bien el inglés, cosa que le había valido ascender de categoría. Al poco apareció con dos bocadillos de chorizo de Candelario y le pidieron que se sentara con ellos. Habrían comido mucho caviar veluga, pero aquella noche se rindieron ante la chacina; era de primera. Se animaron tanto con el bocadillo que le pidieron a Julián que se sentara con ellos. Pero enseguida la satisfacción de la comida y el champán que había caído hizo mella en los más débiles y los amigos de Ava se fueron a la cama. Solos los dos, Julián comprobó una vez más que la fama es sólo un escaparate y que, en la cercanía, las estrellas de lo que sea son como los demás, también les entran ganas de hacer pis y también les huelen a chorizo los eruptos... en fin. Por eso nunca ante nadie se ponía nervioso, no lo hubiera hecho ni ante un rey. Les amaneció allí hablando de cosas normales. Parecía Julián el famoso y Ava la fascinada. Esas gentes viven en un mundo que les impide ver la maravilla de lo sencillo y cuando rinden su fama de estrellas ante lo normal de la tierra, se comprueba lo efímero de muchas de las componendas de la vida.

Julián libró al día siguiente reivindicando las horas extras de la madrugada. Y durmió hasta las 12. Le despertó Fina, la patrona de la pensión, porque le llamaban del hotel. Ava y sus amigos querían comer con Julián. Accedió y comieron en el puerto en un barucho donde preparaban pescado del día. A la salida Ava le tomó del brazo y ya no se separaron en los tres días siguientes. Da igual explicar cómo se las arreglaron para que él faltara al trabajo sin problemas los tres días. Sólo salían por la noche de la habitación y a las tantas, para pasear por la playa debajo de un paraguas, porque seguía lloviendo sin parar en Cadaqués. Ava no le soltaba del brazo y a veces del brazo y de la mano a la vez. Y colocaba la cabeza en el hombro de Julián y le miraba de una manera tan humana que dejaba de ser quien era para convertirse, sólo, como no podía ser menos, en una mujer bellísima por todo. Cuando ella se marchó, Julián acudió al trabajo como si nada. Y no puso cara socarrona cuando le bromearon los compañeros que lograron enterarse. Más pareció, por él, que no hubiera pasado nada de nada. Ni siquiera el director del hotel le arrancó una mínima confianza. Pero todos le miraron, por eso y todo lo demás que nunca supieron, con admiración.

Julián nunca compró después los muchos libros que se publicaron sobre Ava, ni se afanó en leer los reportajes dominicales sobre ella, en vida ni después de muerta. Sólo el día que supo de su muerte pidió diez días de vacaciones y se vino a Béjar. A lo mejor fue coincidencia. De los diez, alternando, cuatro los pasó de excursión entre el Tranco del Diablo y Montemayor. Nadie notó nada especial, nadie supo nada. Jamás salió un comentario suyo o una información mínima sobre lo que sucedió aquellos tres días. Y hubiera tenido mucho que contar, muchísimo y no sólo de lo que se intuye, que a lo mejor era lo de menos. Algunos aspectos en la biografía fácil de la estrella de Hollowood habrían palidecido. Seguro. Por los dos lados. Y Javi Paso tomándole por un tipo normal. Ya. Vaya guiño al mundo y a todo.